

El Momento Internacional

¿Quién elevó a Hitler al poder? La aviación en la próxima guerra

Es en gran parte un extracto de los primeros capítulos del documentado libro de Ernst Henri "El Plan de Hitler".

Desde principios de siglo el capitalismo alemán tomó un incremento enorme. El Kaiser Guillermo soñaba, como vocero y representante de la clase dominante, en hallar nuevos mercados que permitieran colocar el excedente de productos que no podían consumir los propios alemanes. Había pues fuertes tendencias expansionistas, de penetración imperialista, en la Alemania de los káiseres. Ya por ese tiempo los capitalistas ingleses y franceses estaban plenamente desarrollados, con una situación privilegiada desde el momento que controlaban la mayor parte de los mercados del mundo en unión de los Estados Unidos de Norteamérica. Inglaterra tenía el primer imperio colonial del mundo; Francia poseía también muchos territorios y los Estados Unidos controlaban los mercados latino-americanos. Alemania, colocada desde el punto de vista de los mercados en situación de inferioridad, tenía que hallar salida para su enorme producción capitalista, la cual no encontraba consumo interno. Así se produjo la rivalidad económica con Francia e Inglaterra, tensión que degeneró en la terrible guerra armada por los mercados de los años 1914 a 1918.

El imperialismo alemán fue vencido. Se le impuso la humillación moral y la mutilación económica del Tratado de Versalles. En vez de adquirir territorios y mercados se le arrancaron las colonias y se le impusieron enormes indemnizaciones, que más tarde constituyeron las famosas deudas de guerra. Precisamente, a raíz de la consolidación de la paz en noviembre de 1918, la socialdemocracia alemana tuvo oportunidad de tomar el poder e implantar el socialismo marxista. Los soldados regresaban del frente cansados de explotación, conscientes de la verdadera solución de sus problemas: el cambio de las instituciones sociales. El pueblo, hombres y mujeres de todas las edades, estaba dispuesto a apoyar la transformación hacia el socialismo. Sin embargo, nada se hizo. La vacilante socialdemocracia, como típico movimiento pequeño burgués (comerciantes, empleados propietarios, oficinistas, profesionales) nada hizo. Y con su inacción provocó un malestar social que más tarde iba a degenerar en fascismo.

Así se sucedieron en Alemania varios gobiernos, diferentes canchales. Era un desfile de mascarones incapaces de abordar con decisión vanguardista el problema de un capitalismo en bancarota. En estas condiciones llegaron los primeros días del año 1932. La crisis general del capitalismo repercutió en la economía debilitada de Alemania. Y la crisis se ensañaba principalmente en la industria pesada del Ruhr en el famoso Trust del Acero o sea, en la más importante rama de la economía alemana, con sus 10.000.000 de toneladas de producción y su cuarto de millón de empleados, sus 60.000 casas, sus enormes ferrocarriles y sus 14 puertos propios.

De esta vez o los capitalistas actuaban y conseguían salvar al sistema o todo este inmenso aparato burgués se venía abajo y Alemania, aunque la socialdemocracia no quisiera convertirse en un país socialista por el propio peso de los acontecimientos, por la gran efervescencia popular provocada por la crisis y ante semejante alternativa, los magnates de la alta finanza prepararon

el escenario para asumir el poder.

Bruening, entonces primer ministro alemán comprendió que era necesario salvaguardar, a como hubiere lugar, los intereses de la alta burguesía. Las acciones del Trust del Acero habían bajado a la cuarta parte de su valor. Bruening hizo que el Estado las comprara por su valor nominal, al 100 por ciento de su precio. Era como hacer un préstamo disimulado a la industria del acero. Enorme préstamo que se hizo efectivo cuando el Estado volvió a vender esas acciones a precios ridículamente bajos a los magnates del Ruhr.

Salvada de momento la situación, los grandes industriales comprendieron que no todos podrían gozar de la pitanza. De ahora en adelante sólo uno podría mantener y aumentar sus privilegios. Los demás debían someterse al vencedor, puesto que no habría campo para todos. Entonces comenzó la verdadera lucha interna entre los grandes capitalistas del Ruhr. ¿Quién se adueñaría de las acciones y de la dirección del nuevo Trust del Acero y con ello del comando de la oligarquía de los monopolios, la posición económica y política más importante en Alemania?

Había dos grupos rivales: uno lo representaba Otto Wolff, ligado a los círculos católicos, de tendencias menos imperialistas, partidario de llegar a un acuerdo con Francia. El segundo alentaba propósitos de nacionalismo extremo, de patriotismo imperialista y agresivo. Su representante principal era Thyssen, heredero ideológico directo de Stinnes, ese antiguo Rey del Ruhr que en los años 1914-18 fue el más prominente beneficiario de la guerra y que después de ésta, por medio de una deliberada inflación, se hizo dueño de la mayor parte de la riqueza nacional de Alemania a cambio de un montón de papeles sin valor. Stinnes fue quizá el primer nacional-socialista alemán: ya en 1920 declaraba que los judíos nunca comprenderían el alma alemana, puesto que eran obstáculo para la formación de un GRAN IMPERIO ALEMÁN, que incluiría Austria, Bélgica y Lorena. Thyssen, quien bebió literalmente las ideas de la cabeza de Stinnes, era por tanto partidario de la agresión a Francia. No en vano había estado preso varios meses en una cárcel francesa durante la guerra, a causa de su actitud agresiva contra las demandas de sus vecinos del Sur.

Si las cosas hubieran seguido su curso natural, Wolff hubiera ganado la partida, puesto que contaba con la simpatía del general Von Schleicher—Ministro de Guerra y del canciller Bruening, moderado y católico. A comienzos de 1933 Thyssen se hallaba en tan aguda situación que se vio obligado a actuar. Le urgía organizar su propio gobierno y por eso abrió paso a Hitler.

En 1923 un oscuro cabo austriaco empezó a hacer sonar su nombre. Hablaba con oratoria populachera en todas las esquinas y lugares públicos de Austria y de Alemania. A su alrededor había una serie de lugartenientes formando el incipiente partido nacional-socialista. El cabo Hitler y sus satélites lograron organizar un movimiento pequeño burgués, de clase media. Ellos habían sufrido las consecuencias de la Guerra y descaban reconquistar las perdidas colonias y anhelaban reconstituir el prestigio económico, político y mili-

tar de Alemania y Austria. Todos estos pequeños burgueses estaban sedientos de poder. Descaban verse como clase media convertidos en un gigante oguloso, exaltado, impetuoso y ebrio de futuro. Se iban a colocar por encima de las clases sociales para luego transformarse en una nueva casta de jefes de héroes.

Pero todo esto no pasaba de un sueño. No había medios económicos para realizarlo. Sin embargo, de pronto Thyssen con gran visión de financista adivinó en estos militarillos empobrecidos, comerciantes, empleados, tenderos y carniceros ávidos de poder, un instrumento para sus planes. Esto ocurría en 1927. De esta fecha en adelante el partido hitlerista creció rápidamente alimentado por el dinero de Thyssen, tanto, que en 1933 ya la escena estaba lista para presentar el drama.

Y Thyssen supo actuar en el momento preciso. No en vano había preparado tan necesario y eficiente instrumento durante más de seis años. Sólo faltaba a traerse a altas personalidades del Gobierno para presionar al mariscal von Hindenburg con el objeto de éste entregara la cancellería a Hitler. Tal maniobra se logró con la colaboración del propio hijo del Presidente, general Oscar von Hindenburg.

Ya Hitler en el poder dió un paso nunca visto en la historia europea. Thyssen, industrial particular, fue designado formalmente dictador absoluto de todo el distrito industrial del Oeste de Alemania, centro de la industria pesada (acero). Este magnate ocupa un cargo que está por encima de todas las autoridades locales y sólo subordinado a Goering, el lugarteniente morfínomo de Hitler. Así Thyssen se recompensó. Empieza a ser el amo de Alemania. No podrá ser derribado mientras los nazis imperen.

Wolff, Bruening, Schleicher son las primeras víctimas de Thyssen. Este logra controlar toda la industria del Ruhr, centro económico de Alemania. Y de ahí opera con habilidad hasta ir absorbiendo las industrias principales y las secundarias. Ya la gran nación germana es un ducado de monopolio privado, con un nuevo y ambicioso señor feudal. Los bancos no se quedan fuera de la órbita de Thyssen. El necesita poderío económico para tener la primacía política. Y la obtiene sobornando funcionarios, destituyendo enemigos, nombrando a sus incondicionales para los cargos preponderantes del Estado.

Naturalmente si Thyssen go-

(Resumen de un artículo de Pierre Cot, exministro del Aire en Francia, publicado en "Journal des Nations").

Si la guerra llegara a estallar, cuál sería la situación de las fuerzas aéreas? Es muy difícil abarcar en un solo artículo un problema tan vasto. Sin embargo, examinemos la situación a grandes rasgos, suponiendo que el conflicto fuera entre las naciones democráticas (Francia, Inglaterra, Checoslovaquia) contra los estados totalitarios (Austria, Alemania, Italia).

¿Cuál sería el equilibrio de las fuerzas?

Desde el punto de vista de las flotas aéreas, Alemania, Austria e Italia poseen una ligera superioridad sobre la Gran Bretaña, Francia y Checoslovaquia. Pero esta situación cambia si las naciones democráticas obtienen el concurso de las fuerzas polacas, o de una fracción siquiera de las rusas. La tercera parte de éstas será suficiente. Por lo tanto, las democracias necesitan asegurarse la cooperación de Rusia o Polonia, para lograr, en principio, la superioridad aérea.

Bajo el punto de vista industrial, la situación se presenta así:

En el momento actual la producción de material de guerra es más intensivo en los países totalitarios, ya que éstos están bajo una semimovilización industrial. Por esto mismo, y contra lo que algunos creen, el factor tiempo conspira en favor de los fascismos, ya que éstos se arman más rápidamente. Pero también en este plano, la presencia de Rusia modifica totalmente el problema, pues le asegura a los países democrá-

tiamente, lo hace en beneficio de sus intereses archicapitalistas. Así se producen verdaderas guerras económicas contra los consumidores, contra el pueblo, contra la verdadera Alemania. Hay alza de precios, concentración del capital bancario, posesión individual de enormes recursos productivos. Y los que se opongan, como intentó hacerlo la clase media que APARENTEMENTE llevó a Hitler al poder, serán exterminados y confundidos en una sola mezcla de terror, explotación y odio con los campesinos y proletarios. En efecto, así se hace. La pequeña-burguesía es ya un hombre aturdido, azotado, atemorizado. Vacila como siempre de un lado a otro. Pero ahora está convencido de que no podrá realizar una revolución por encima de las clases. Sus sueños se han esfumado. Y en otra ocasión, de seguro, luchará con el proletariado.

cos una enorme superioridad.

En caso de guerra, el factor tiempo dejaría de favorecer a los países totalitarios, para volverse en contra suya. En este caso las naciones democráticas adoptarían un ritmo mayor en la producción de armamentos, teniendo la ventaja de sus grandes fuentes de aprovisionamiento de materias primas, y en carburantes, de los cuales carecerían Italia y Alemania. Muy diferente sería la situación si Alemania lograra suprimir o neutralizar Checoslovaquia pues en este caso hallaría en Europa Central, y a través de ella, los medios más importantes de abastecimiento.

Pasemos a la cuestión del empleo de las fuerzas. Un país es fuerte no sólo porque tenga grandes batallones, sino porque sepa emplearlos y distribuirlos.

¿Hasta qué punto cambiaría la distribución de fuerzas aéreas la situación?

Las bases aeronavales que han adquirido los estados totalitarios en las Baleares, Marruecos, Islas Canarias y en la propia costa española, harían por mucho tiempo impracticable el Mediterráneo. Es desolador que los políticos de Francia e Inglaterra no se hayan dado cuenta del verdadero carácter de la intervención italo-germana en España, hasta ver bloqueado el Mediterráneo y cortadas las comunicaciones de Francia con sus colonias de África. Este es, desde el punto de vista estratégico, el mayor triunfo de Italia y Alemania. Además tiene Alemania la ventaja de que París y Londres son muy vulnerables a los ataques aéreos.

Por estos motivos, la única guerra que los fascistas pueden esperar ganar, es una guerra corta en la que se puedan aprovechar las ventajas iniciales.

Pero las democracias pueden oponerse a este juego. Su mejor carta es Checoslovaquia. Los centros industriales alemanes son de una gran densidad de población, y por lo tanto, muy difíciles de proteger contra ataques aéreos, pese a la magnífica artillería alemana. Una acción combinada de las flotas aéreas checas y francesas, paralizarían los puntos vitales de Alemania, que se vería acosada por no poder recibir auxilios por mar.

Para hacer más eficaz la ayuda de Checoslovaquia se debe combinar con la de Rusia. Ataques aéreos de la temible flota soviética sobre Alemania, partiendo de territorio Checo, serían la mejor respuesta a los ataques sobre París y Londres. Lo

mismo sucedería si participaran las fuerzas polacas. Además, el cierre del Mediterráneo, que en un comotazo favorecería a los estados totalitarios, se volvería rápidamente contra Italia que tiene sus fuerzas divididas en cuatro grupos: El cuerpo expedicionario de Etiopía, las fuerzas estacionadas en Tripolitania, el ejército de España y las fuerzas de la península.

¿Qué conclusiones se pueden sacar de este rápido examen?

1) Bajo el punto de vista aéreo, los estados totalitarios sólo pueden encarar una guerra breve. Alemania comenzaría por atacar Francia. De atacar a Checoslovaquia la guerra se prolongaría mucho, cosa que no le conviene.

Alemania atacaría Checoslovaquia sólo en el caso que Francia e Inglaterra le dieran a comprender que no están dispuestas a ir a la guerra por defender este país. Excepto este caso Alemania liquidaría primero a su principal enemigo: Francia, para poder operar tranquilamente en la Europa Central, dejando a su padre italiano, el Mediterráneo.

2) Dejar tomar pie en España a los fascistas y permitirles apoderarse de Austria, fué un gran error militar de Francia. Es como si la víspera de la guerra la democracia perdieron la cuarta parte de sus ejércitos.

3) Queda demostrado que es de mucha mayor importancia y efectividad buscar un acercamiento militar con Polonia y Rusia, que tratar de romper el eje Berlín-Roma. Está muy bien que se agoten todos los recursos en este sentido, pero sin olvidar que Varsovia y Moscú son itinerarios de igual importancia y de mayor seguridad.

4) Los estados democráticos no pueden perder una guerra prolongada, siempre que Checoslovaquia sea una ceradura que impida a Alemania llegar a los graneros de Europa Central y a los pozos petroleros de Rumania.

Los regímenes totalitarios no pueden resistir una guerra prolongada. Corresponde por lo tanto a Inglaterra, Francia y Rusia hacerles sentir que cualquier guerra que emprendan se prolongará mucho.

Sin ningún riesgo se hubiera podido detener al agresor en Etiopía, se le hubiera podido detener en España; se le puede detener sin peligro en Checoslovaquia. Pero si no se le detiene ahora, no habrá más posibilidades de paz para el mundo.

CASIMIRES de ALTA CALIDAD,
dibujos MODERNOS
y a BUEN PRECIO

sólo se consiguen en el
de ULISES RAMIREZ VALIDO
en el Pasaje Amerling

Tel. 4851 - Ap. 1817

BAZAR INGLÉS